

Ana Arambarri

MÚSICA CONTRA LOS MUROS

EN EL CONFLICTO
ÁRABE-ISRAELÍ



Galaxia Gutenberg

Ana Arambarri

Música
contra los muros

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2020

© Ana Arambarri, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 671-2020
ISBN: 978-84-17971-45-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A mis hijos
Caro
Nata
Alber
A Mauri, que es uno más
A mis nietos
Cris, Guille y Dani

«Cuanto más me estrechas, más me ensancho»¹

1. «*Com més m'estrenys més m'eixamplo*», pertenece al libro *El nus la flor*, de Enric Casasses, Barcino, Barcelona, 2018.

Al llegar al Barrio musulmán, el aire estaba cargado del aroma de los gases lacrimógenos [...]. Dos chavales palestinos pasaron corriendo, perseguidos por unos policías de fronteras. En las proximidades se oían detonaciones.

–¿Qué va a pasar con ellos? ¿Harás que pierdan la esperanza? –le pregunté al diablo, refiriéndome a los palestinos.

Se tomó un momento para pensar y dijo:

–Algo peor: haré que nunca les abandone la esperanza, pero que pierdan siempre.

–¿Y los israelíes?

–Haré que siempre ganen, pero que nunca estén satisfechos.

–¿Y el resto del mundo?

Aquí, el diablo esbozó una gran sonrisa:

–Seguiré haciendo que piensen que la palabra «paz» es mágica y que, si la dicen mucho y esperan un poco más, todo se solucionará.

MIGUEL-ANXO MURADO

«El diablo en Jerusalén»

La Voz de Galicia, 10 de diciembre de 2017

Del ruido de la guerra al susurro de la paz

El dramático conflicto de Oriente Medio comenzó a principios del siglo xx. Una guerra soterrada que aún perdura, un conflicto entre dos pueblos históricamente condenados a no entenderse. La migración judía, que huía del horror en Alemania, Europa del Este y Rusia, anhelaba establecer su hogar definitivo, Eretz Israel. La tierra codiciada era Palestina, desértica y salvaje, habitada por pequeñas tribus desde el origen de los tiempos, donde vivían o sobrevivían familias árabes y clanes que luchaban entre sí. No existían fronteras, no había países delimitados. Los palestinos, la población árabe autóctona, se convirtieron en víctimas de la codicia de los países colonialistas, interesados en obtener réditos económicos a cambio del apoyo judío. Francia y Gran Bretaña se repartieron la Gran Siria, conformada por Siria, Líbano, Palestina (Cisjordania y Gaza) e Israel. Con un lápiz verde trazaron una línea sobre un mapa y dividieron el vasto territorio de Oriente Medio, sembrando guerra y destrucción.

Cruentas guerras asolaron Palestina antes y después de que perdiera su nombre. Sangrientas batallas contra los otomanos, los británicos y los colonos judíos. Desde el nacimiento del Estado de Israel, en 1948, el gobierno israelí sigue militarizando a todos los ciudadanos con cada estallido bélico. Artistas, intelectuales, ingenieros, arquitectos, fontaneros, agricultores, carpinteros, obreros: todos valen igual para combatir al enemigo árabe.

En uno de esos dramáticos momentos de la historia, un puñado de músicos célebres, de primer nivel mundial, canceló todos sus compromisos y se desplazó voluntariamente a Israel para alentar a sus compatriotas que luchaban en el frente. Organizaron conciertos para apoyar al pueblo judío en esos días de desgracia. Era lo único que podían hacer, decían, ofrecer su música a sus compatriotas. A estos conciertos improvisados en ciudades, en el desierto o cerca del campo de batalla, asistían heridos y mujeres, niños y ancianos. El resto de la población se hallaba militarizado. Con el paso de los años, las armas se fueron sofisticando y los espectadores acudían a los conciertos con máscaras de gas en prevención de un ataque. A pesar del riesgo que corría, el público desbordaba la capacidad de los auditorios de Tel Aviv, Jerusalén, Haifa o Nazaret con la esperanza de evadirse del miedo y del horror.

Este libro, basado en hechos reales, se adentra en la conexión entre el complicado laberinto geopolítico y la enorme influencia de la música en el ser humano en circunstancias extremas. Personajes de ficción se entremezclan con la historia real, la de unos artistas que dedicaron tiempo y esfuerzo a interpretar música para las tropas mientras Israel estallaba en guerra contra sus vecinos árabes. Sus conciertos no estaban orientados tan solo a reconfortar a un público necesitado de ayuda espiritual, sino también a reclamar la atención mundial sobre el conflicto. Los nombres de tan extraordinarios músicos son: Leonard Bernstein, Daniel Barenboim, Pinchas Zukerman, Itzhak Perlman, la violonchelista inglesa Jacqueline du Pré, el director indio Zubin Mehta y varios más. Todos ellos cancelaron sus compromisos profesionales para apoyar a Israel durante la guerra de los Seis Días y algunos también en otros conflictos posteriores.

«And the Orchestra Played On» fue el acertado titular del reportaje publicado por *The Telegraph*¹ sobre el concierto en el que Leonard Bernstein dirigió a la Orquesta Filarmónica de Israel, mientras las sirenas antiaéreas alertaban del inminente ataque. La fotografía que acompañaba el texto e ilustra la portada de este libro, es la de un violonchelista de la orquesta afinando el instrumento con la arena del desierto como fondo. Dos banderas y un tanque remiten al escenario bélico. A pesar del peligro que corrían, la música continuó sonando, no solo para mantener viva la moral de la población civil y del ejército, sino también para ofrecer esperanza a los judíos.

Durante la guerra del Líbano, y con la colaboración y ayuda del ejército israelí, Zubin Mehta dirigió la orquesta en un campo de tabaco libanés, a pocos kilómetros de la frontera. Bajo una lona, la orquesta tocó para la población israelí y libanesa. El riesgo que corrían al estar en suelo enemigo era tal que, al finalizar el concierto, Mehta tuvo que pedir a los espectadores que subieran al escenario para esconder a los músicos. «Me encantaría volver a hacerlo. Fue emocionante ver a árabes y judíos abrazándose unos a otros», dijo el director.

En octubre de 1988, para conmemorar los cuarenta años de la creación del Estado de Israel, Mehta dirigió un concierto en la fortaleza de Masada, símbolo para los israelíes de la lucha, supervivencia, perseverancia y resistencia del pueblo de Israel. Fue un espectáculo grandioso, al estilo Mehta, que contó con la presencia de la jerarquía israelí junto con famosos asistentes de la talla del americano Gregory Peck y el francés Yves Montand. La *Sinfonía n.º 2* de Mahler, *Resurrección*, resonó en el desierto de Judea. El evento alcanzó su momento álgido cuando se estableció una conferencia telefónica entre una violinista de la orquesta, Anna Rosnovski, y su hermana Lena Kusikuna, que llevaba catorce años esperando salir de Rusia, sin posibilidad de obtener el visado para regresar a

Israel. Terminaron la conversación repitiendo en hebreo: «El año que viene en Jerusalén».

Estas páginas se limitan a un área geográfica: Oriente Medio. Pero quiero mencionar el altruismo de grandes directores de orquesta que creen que la música ofrece otras formas de convivencia, crecimiento e intercambio personal. Claudio Abbado creó la Gustav Mahler Jugendorchester en 1986, en Viena. Abbado se puso como objetivo no solo apoyar a los jóvenes, sino también promover que muchachos austriacos pudieran tocar con músicos de las antiguas repúblicas socialistas de Checoslovaquia y Hungría. Fue la primera orquesta internacional que ofreció audiciones abiertas en los países del bloque del Este, y obtuvo el premio de la Fundación Cultural Europea en 2007.

Sir Simon Rattle desarrolló una labor incansable y proyectos artísticos visionarios que colocaron a la City of Birmingham Symphony Orchestra (CBSO) entre las más destacadas del mundo. En paralelo, desde la Berliner Philharmoniker se creó en 2002 un programa educativo que permitía nuevas aproximaciones para la difusión de la música, con el fin de acercarla a jóvenes de diversos medios sociales y culturales. La orquesta y el director fueron nombrados Embajadores de Buena Voluntad de UNICEF, convirtiéndose así en el primer conjunto artístico en representar a la organización infantil internacional.

En el marco del programa Caminos de la Paz, del Festival de Rávena, Riccardo Muti realiza una gira anual con la orquesta italiana a ciudades heridas por la guerra, el terrorismo o las catástrofes naturales. Es una forma de tender un puente de amistad a través de la música de Verdi. El programa, que arrancó en 1997 con la Filarmónica de la Scala, en Sarajevo, continúa veinte años después con la Orquesta Juvenil Luigi Cherubini. En julio de 2018,

Muti la dirigió en Kiev en favor de una Ucrania unida. Cuatro mil personas sentadas en silencio frente a la catedral de Santa Sofía escucharon su música.

José Antonio Abreu fue promotor del «Sistema», un método de educación innovador en el que la música es una vía de desarrollo social y cultural. Creó una red de orquestas, las Sinfónicas Juveniles de Venezuela, y fue el descubridor del gran director Gustavo Dudamel. El «Sistema» ha sido galardonado con el Premio Internacional de Música IMC-UNESCO y ha sacado de la pobreza a muchos jóvenes venezolanos que tuvieron la fortuna de participar en su institución.

En Palestina, la historia tiene un anverso y un reverso. El conflicto en Oriente Medio dista de encontrar solución, hayan sido acertados o no los esfuerzos realizados. No lo han conseguido ni el Pacto de Oslo ni los Acuerdos de Camp David. Ni Arafat ni Begin, ni Carter ni Clinton. La situación de los palestinos sigue siendo estremecedora. Lars Saabye Christensen afirma que «la humillación es la herida más profunda que se puede infligir a las personas sin quitarles la vida. Porque tienen que coexistir con algo con lo que les resulta imposible vivir».²

Mientras los israelíes se evadían del horror de la guerra gracias a la música, los palestinos, los verdaderos afectados por esta gran tragedia, perdieron la esperanza y se vieron obligados a huir masivamente de su tierra. Algunos fueron expulsados, otros, recluidos en campos de refugiados. Los que optaron por la resistencia viven aislados en ciudades que parecen cárceles debido a los muros levantados por Israel.

Decepcionado por el giro político del gobierno de Israel tras el asesinato de Isaac Rabin en 1995, la ruptura de las

negociaciones de paz y el declive del ideal sionista, Daniel Barenboim optó por levantar su voz a través de artículos difundidos por la prensa internacional, reclamando la necesidad de establecer vínculos para llegar a un acuerdo. En medio de este páramo, comenzó a fraguar un sueño: la idea de crear un foro donde jóvenes procedentes de países enemigos pudieran reencontrarse. Un proyecto esperanzador que recibió el apoyo de Edward Said. Una orquesta formada por jóvenes árabes, israelíes y palestinos que defiende que, a través de la música, es posible la convivencia entre dos pueblos enfrentados. Un espacio para crecer con armonía.

En palabras de Barenboim: «Esta orquesta no va a traer la paz, pero ha demostrado que sí es posible la convivencia entre árabes, israelíes y palestinos».